CAPÍTULO LXXV. *De cómo Motecuhzuma hizo renovar el caño del agua en esta ciudad de Mexico; y se dice las guerras que tuvo con los de las provincias mixtecas, acompañado de los tetzcucanos y tepanecas*

L QUINTO AÑO DE EL IMPERIO de este gran monarca Motecuhzuma, continuando el reparo de su república, hizo sacar un grande caño hecho de atarjea para el agua que en ella se bebía; y fue esta obra hecha sobre la antigua que otro su antecesor había hecho, añadiendo y fortificando la calzada por donde venía, que fue obra digna de rey; con que la ciudad quedó muy contenta y bien abastecida de agua. Pero tuvo un muy grande azar este regocijo, porque luego que llegó el agua por el caño nuevo cayó un rayo sobre el templo de Zonmoli que lo abrasó sin poderse remediar; y como comenzó a arder y a crecer el fuego los que no sabían lo sucedido del rayo entendieron que eran enemigos que habían entrado en la ciudad y que le habían puesto fuego; con lo cual todos se alborotaron, en especial los de la parte de Tlatelulco, que como más apartados se persuadieron fácilmente a esto; y alborotados tomaron sus armas y vinieron aclamando guerra. Motecuhzuma, que supo lo hecho (porque luego corrió la voz del albotoro y debió de pensar que era ruido hechizo de los tlatelulcas y que tomaban aquella ocasión para hacer algún desatino de que recibió notable pena y disgusto), reprehendióles el hecho, y temiendo otro semejante, o que no quisiesen hacerle guerra con la mano poderosa que tenían de tener muchos y muy principales oficios en la república, como deudos y parientes (que muchos de ellos lo eran suyos), los privó y despojó de ellos y les mandó que ni viniesen a la ciudad, ni entrasen jamás en su palacio. No les valió excusa ninguna a los tlatelulcas entonces, porque siempre eran tenidos por sospechosos desde la de Moquihuix; pero pasósele la cólera al rey a pocos días pasados y volviendo a su gracia volvieron también, otra vez, a sus oficios.

En este mismo tiempo hubo conjuración entre los señores de las provincias mixtecas y de toda aquella parte de Tecuantepec, donde estos señores mexicanos tenían sus presidios y guarniciones, y trataron entre sí de matarlos y volverse a su antigua libertad, pareciéndoles mucha sujeción la que tenían, dando parias y tributos a un rey, que en razón de hombre no era más que ellos y que en poder se le igualaban. Los más bulliciosos que en esto se mostraron fueron Cetecpatl, señor de Cohuaixtlahuacan y Nahuixochitl, señor de Tzozolan y con éstos todos los demás de aquellos reinos y provincias (como decimos) que eran muchos y de muchísima gente, y comprometieron todos los de esta conjuración en Nahuixochitl, señor de Tzozolan. Determinados en el hecho trazaron la traición en esta manera: Cetecpatl, señor de Cohuaixtlahuacan, hizo un convite general, al cual convidó a muchos de sus convecinos para más disimular, y entre ellos todas

las gentes que eran de presidio mexicano, en Huaxyacac (que ahora es de españoles y la llaman Huaxaca o la ciudad de Antequera) y otras partes, y les rogaron diciendo que pues era en orden de mostrarles amor y voluntad fuesen con sus mujeres y hijos para que todos participasen de el convite y regalo. Fueron todos con sus mujeres y hijos (porque los que estaban de presidio en alguna parte de estas Indias acostumbraban a llevarlas, para tenerlos los reyes más seguros), los cuales fueron regalados y servidos con grande abundancia de comida y luego se les dio a todos, chicos y grandes, vestidos y mantas a su usanza (que en esta ocasión no reparó en nada este señor, con el intento malo que tenía de haberlos de despojar presto de todo ello). Pasada la fiesta y deshecha la compañía partieron otro día, de mañana, los mexicanos con sus familias a sus lugares y puestos; y en uno que era barrancoso y cerca del pueblo estaba Nahuixochitl, señor de Tzozolan, con mucha gente de guerra en celada, aguardando al paso que por allí era forzoso a todos, antes de divertirse, para sus puestos particulares; y así como llegaron a él salieron los de la celada y dieron repentinamente en ellos y los mataron a todos sin dejar ninguno con vida; porque como iban de banquete, iban descuidados y sin armas. Tuvo aviso de esta traición otro gobernador de Motecuhzuma, llamado Texacan, que estaba en una frontera, y envió razón de todo lo sucedido a su señor y sintiéndolo mucho dio el mismo aviso a los dos reyes, sus confederados y todos tres hicieron gente que luego fue contra los rebeldes, aunque no los vencieron; porque demás de ser muchos los que se juntaron para encontrarse con estos ejércitos, eran malhechores y se defendían como los que sabían què eran dignos de muerte, cuando fuesen habidos a las manos; porque diferentemente pelea el que sabe que puede alcanzar perdón, cuando le venzan, que el que sabe que ha de morir aún después de vencido; porque éste con la certidumbre de su muerte procura dejarla bien vengada. Volviéronse los mexicanos de esta vez con sólo haberlos puesto en huida y ellos quedaron seguros en sus casas y puestos.

Volvieron a hacer gente los tres reyes para concluir esta guerra comenzada; pero cuando llegaron a los primeros pueblos de aquella provincia de Tzozolan no hallaron paso, porque ya todos los mixtecas estaban muy a lo descubierto, puestos en arma, y fueles forzoso hacer un rodeo muy grande y de muchas leguas, y llegaron a Huauhtlan, donde salió Cuzcaquauhqui, hermano de Cetecpatl, a confederarse con los mexicanos y dijo a Cuitlahuatzin (que debía de ser el capitán general) y a Tatlatzincatzin y otros del consejo, todo lo que su hermano con los demás tixtecas ordenaban contra los mexicanos para matarlos y que él no era participante en aquella intención mala que tenían. Agradeciéronle el aviso los mexicanos y marcharon hacia delante y llegaron de noche al puesto donde los mexicanos habían sido muertos en el arroyo de Tzozolan; y saliendo otro día los ejércitos contrarios trabaron entre sí una muy cruda batalla; pero siempre los mexicanos con reconocimiento de ventaja, hasta que ya de todo punto desampararon el pueblo los tixtecas y se encaramaron en un grande cerro que allí cerca tenían pertrechado. Fue esta guerra muy sin pensar de los con-

trarios, porque no aguardaban tan presto a los mexicanos y así había ido el señor de aquel pueblo a verse con el señor de Totopec, a apercibirlo para la guerra, y así sus ejércitos se descompusieron luego con la falta de su capitán.

Sabido lo hecho por Nahuixochitl señor de esta provincia, vino con priesa con la gente de Tototepec que traía de socorro y juntos éstos con otros fueron al lugar donde los mexicanos tenían empeñolados a los tzozoltecas y representáronles la batalla. Volvieron sobre ellos, los mexicanos y venciéronlos a todos y prendieron muy gran suma de ellos, y los pocos que escaparon, de esta muy reñida y sangrienta batalla, se fueron a sus pueblos, con más priesa que trajeron, temiendo la muerte que sobre ellos iba; pero los que estaban de presidio en Huaxyacac salieron a ellos y los corrieron y los hicieron muchas molestias y prendieron gran parte de estos que habían quedado. Vencida esta batalla y entrados los pueblos de esta república, sacaron todo el despojo que pudieron y a Cetecpatl, señor de Cohuaixtlahuacan, prendieron y con él a muchos de los de las provincias de Tototepec, Tecuantepec y Yopitzinco y vinieron a Mexico con grandísima presa y muy ufanos con tan gran victoria, y fue a tiempo que se celebraba la fiesta de tlacaxipehualiztli (que quiere decir desuellamiento de hombres) y en ella fueron todos muertos y sacrificados. Reservóse Cetecpatl, señor de Cohuaixtlahuacan, para otra ocasión, por razón de que los reyes querían informarse de el estado de las cosas de aquellas provincias y descubrió muchas y muy grandes traiciones que él, con los otros que quedaban, tenían ordenadas. Declarado todo lo que pasaba, fue muerto y sacrificado a los demonios; y por haberse mostrado fiel Cuzcaquauhqui fue puesto en el señorío de su hermano y fue a gobernarle con el reconocimiento que siempre les pidió el mexicano; pero no con esto se acabaron las guerras, por entonces, porque quedaba vivo Nahuixochitl que se les había ido por pies a los mexicanos; pero volviendo otra vez con gente lo vencieron y prendieron con otros muchos de los suyos y fue traído a Mexico y sacrificado; y de esta vez no levantaron más cabeza los tzozoltecas y quedaron tributarios perpetuos de los mexicanos.

CAPÍTULO LXXVI. *De otras guerras y sucesos, y de un caso entre huexotzincas y chololtecas*

STE MISMO AÑO, que estos reyes alcanzaron victoria de las provincias mixtecas, tuvieron algunas diferencias entre sí los huexotzincas y chololtecas y llegaron a las manos, y los huexotzincas los fueron retirando hasta meterlos en su pueblo y les quemaron algunas casas y mataron alguna gente; y recelosos los malhechores de que se había de saber en Mexico lo hecho enviáronlo a decir a Motecuhzuma con dos caballeros que eligieron para el caso. Los cuales, cuando llegaron a esta corte y estuvie-